

CHARLES BAUDELAIRE (1821-1867)

## Correspondencias

LA Creación es un templo donde vivos pilares  
A veces dan salida a palabras confusas:  
Por ella marcha el hombre entre selvas profusas  
De símbolos que observan con ojos familiares.

Como alargados ecos pronto se corresponden  
En una tenebrosa y profunda unidad,  
Enorme cual la noche y cual la claridad,  
Perfumes y colores y sonos se responden.

Hay perfumes tan frescos como carnes de infantes,  
Tan suaves como oboes, verdes como praderas,  
Y hay otros corrompidos, y ricos y triunfantes,

Que tienen expansiones nunca perecederas.  
Como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso,  
Que del alma y del cuerpo cantan el goce intenso.

## El viaje

### I

PARA el niño entusiasta de mapas y de estampas,  
Se iguala el universo con su vasto deseo.  
¡Ah qué grande es el mundo a la luz de las lámparas!  
¡Visto por el recuerdo, cómo el mundo es pequeño!

Partimos un buen día, afiebrada la frente,  
De rencores y de ansias el corazón henchido.  
Y vamos balanceando, en un ritmo de olas.  
La infinitud del alma sobre mares finitos:

Alegres huyen unos de una nación infame;  
Otros, de los horrores natales, y no pocos.  
Astrólogos ahogados en ojos femeninos,  
De la Circe tiránica de aromas peligrosos.

Para no ser trocados en bestias se emborrachan  
De claridad y espacio, de cielos refulgentes;  
La escarcha que los muerde, el sol que los broncea.  
La marca de los besos les borra y hace leve.

Mas los buenos viajeros son aquellos que parten  
Por partir; corazones, como globos, ligeros.  
De su fatal designio no se separan nunca.  
Y, sin saber por qué, dicen siempre: ¡Marchemos!

¡Aquellos cuyas ansias tienen forma de nubes,  
Que sueñan, como sueña batallas un concripto,  
Anchurosas fruiciones, cambiantes, ignoradas,  
Cuyo nombre en la tierra jamás fué conocido!

## II

Imitamos — ¡horror! — a trompos y bolillas  
 En sus vales y saltos; y, hasta en nuestro descanso.  
 La curiosidad inquieta nos acosa y empuja.  
 Como un Angel perverso que fustiga a los astros.

¡Oh singular fortuna cuyo fin es mudable,  
 Que ni está en estos sitios, ni se fija en los otros.  
 Donde el Hombre, animado de incansable esperanza,  
 Para encontrar la calma se agita como un loco!

Nuestra alma es un velero que busca su isla Icaria:  
 “¡Atención!”, sobre el puente truena una voz de pronto.  
 Una voz de la cofa grita alocada, ardiente:  
 “¡Ventura... gloria... amor!” ¡Infierno! ¡Es un escollo!

¡Cada islote que anuncia el vigía en lo alto  
 Es un nuevo Eldorado que prometió el Destino!  
 La Imaginación vana, entregada a su orgía,  
 Sólo una roca encuentra no bien ha amanecido

¡Oh pobre enamorado de países quiméricos!  
 ¿Engrillar o arrojar al mar será preciso.  
 Al marinero ebrio suscitador de Américas  
 Cuyo espejismo torna más amargo al abismo?

El viejo vagabundo así sueña, entre el barro,  
 Con la mirada en alto, brillantes paraísos:  
 Sus ojos encantados una Capua descubren  
 Si una bujía alumbra cualquier desván mezquino.

## III

¡Sorpresdentes viajeros! ¡Cuántas nobles historias  
 En la hondura marina de las miradas vuestras!  
 Mostrad el relicario de ricas remembranzas,  
 Las fantásticas joyas que son de éter y estrellas.

¡Viajar es nuestro intento sin vapor ni velamen!  
 Para atenuar el tedio sin fin de estas prisiones,  
 Descorred en nuestras almas, tendidas como telas,  
 Vuestros vastos recuerdos, con marcos de horizontes.

Decidnos, ¿qué habéis visto?

#### IV

“Hemos visto los astros,

Las olas; las arenas hemos visto asimismo;  
 Y, a despecho de choques e imprevistos percances,  
 Como aquí, con frecuencia, nos hemos aburrido.

“La áurea gloria del sol sobre la mar violeta,  
 La gloria de las urbes, bajo el sol en su ocaso,  
 El ardor encendían en nuestros corazones  
 De hundirnos en un cielo de resplandores mágicos.

“Las más ricas ciudades, los más amplios paisajes,  
 No contenían nunca el misterioso encanto  
 De aquellos que el azar construía con las nubes,  
 ¡Y constantes deseos siempre nos preocuparon!

“El goce, del deseo la intensidad acrece.  
 ¡Deseo, viejo árbol que el placer alimenta,  
 En tanto tu corteza se endurece y ensancha,  
 Al sol quieren tus ramas contemplar desde cerca!

“¿Y seguirás creciendo, más vivaz todavía  
 Que el ciprés? — Sin embargo, cuidadosos diseños  
 Tomamos para vuestro álbum tan insaciable,  
 ¡Oh hermanos que admiráis cuanto viene de lejos!

“Los ídolos monstruosos ya hemos saludado;  
 Constelados de gemas, hemos visto los tronos;  
 Los palacios labrados cuya suntuosa pompa  
 Para nuestros banqueros sería sueño ruinoso.

“Los trajes que a los ojos una embriaguez procuran:  
Las mujeres con uñas y con dientes teñidos,  
Y los sabios juglares que acaricia una sierpe.

## V

¿Y después, y después?

## VI

“¡Oh cerebros de niños!

“Para que no olvidemos lo que aquí más importa,  
Sin haberlo buscado, dondequiera encontramos,  
En todos los peldaños de la fatal escala,  
El tedioso espectáculo del inmortal pecado:

“La mujer, vil esclava, orgullosa y estúpida,  
Que sin asco se ama y se adora sin risa,  
El hombre licencioso, autoritario, duro,  
Esclavo de la esclava y ciego en la inmundicia.

“El verdugo que goza, el mártir que padece:  
La fiesta que sazona y perfuma la sangre;  
El virus del poder, que enerva a los tiranos,  
Y el pueblo enamorado del látigo infamante:

“Múltiples religiones que la nuestra parecen,  
Pues todas piden cielo; y, como un delicado  
Se revuelca entre plumas, la Santidad que busca  
Entre púas y crines voluptuosos halagos.

“La humanidad parlera, embriagada en su orgullo,  
Y, loca en nuestros días tal como siempre ha sido,  
Gritando a Dios, en medio de furiosa agonía:  
“¡Oh mi igual, oh mi amo, Señor, yo te maldigo!”

“¡Los hombres menos tontos, a la Demencia fieles,  
Huyendo del rebaño que acorraló el Destino,  
Y encontrando refugio en el opio insondable!  
—Tal es del orbe entero el informe sucinto.”

## VII

¡Sabiduría amarga la que nos da el viaje!  
El mundo tan monótono, el mundo tan pequeño.  
Hoy, ayer y mañana nuestra imagen nos muestra:  
¡Un oasis de horrores, un desierto de tedio!

¿Hay que partir? ¿Quedarse? Si puedes, permanece:  
Parte, si es necesario. ¡Quién marcha, quién se esconde  
Para engañar al grande enemigo funesto  
Y vigilante, el Tiempo! No faltan corredores.

Como el Judío errante y como los apóstoles,  
Para quienes no hay barcos, ni vagones, ni rutas.  
Con qué evitar a ese reciarío miserable,  
Mientras que otros lo matan sin salir de sus cunas.

Cuando por fin nos doble, con el pie, las espaldas,  
Podremos anhelosos exclamar: ¡Adelante!  
A igual que en otro tiempo nos íbamos a China,  
La cabellera al viento, contemplando el oleaje.

Embarcaremos sobre el mar de las Tinieblas  
Con el ánimo alegre de un joven pasajero.  
Escuchad esas voces, atractivas y fúnebres,  
Que cantan: “¡Acercaos, vosotros lo hambrientos

“Del Loto perfumado! Aquí es donde se acopia,  
Colmo de corazones, la milagrosa fruta,  
¡Venid, pues, a embriagaros en el dulzor extraño  
De esta siesta morosa que no termina nunca!”

El familiar acento al fantasma descubre:  
Nos tienden nuestros Pilades sus brazos desde lejos.  
"¡Para apagar tu ardor nada en busca de Electra!"  
Dice aquella que antaño recibió nuestro beso.

## VIII

¡Oh Muerte, oh capitana, ya es tiempo! ¡Arriba el ancla!  
¡Nos hastía esta tierra, oh Muerte! ¡Aparejemos!  
¡Si el mar y el cielo muestran oscuridad de tinta,  
El corazón irradia espléndidos reflejos!

¡Vierte ya tu veneno para que nos conforte!  
Deseamos, pues es tanta la fiebre del cerebro,  
Zambullir en la sima.—¡Cielo, Infierno, qué importa?—  
¡En lo Desconocido ir a buscar lo nuevo!

(*Les Fleurs du mal.*)